

COMENTARIO

CARTAS AL AMIGO

A don Eladio Guzmán Hernández, maestro nacional de Canjáyar de Almería

XV

Recibo a las veces cartas de lectores, amigos—unos, al parecer, enemigos—, discutiendo lo que escribo, concordando o discordando, o en pedido de esclarecimiento. Las aprovecho o las paso por alto. Esto, sobre todo, cuando no son más que desahogos del más triste humor nacional. Y es curioso que las más de esas cartas suelen referirse a puntos de forma, de continente, de expresión, y no de fondo, de contenido, de idea. A menudencias de lenguaje a menudo. ¡Pensar las agrias disputas que en todos tiempos han provocado hasta las gramatiquerías! Aunque, si bien se mira a lo hondo, se llega a ver que las personas sienten que cobrar la mayor posible conciencia de la lengua en que se piensa—de la lengua que se piensa—es hacerse conciencia de personalidad y de nacionalidad.

Hoy voy a no pasar por alto una carta, modelo de modestia, de ingenuidad y de sencillez, de un compañero, un maestro de escuela nacional, de la villa de Canjáyar (Almería), que me consulta sobre una de esas menudencias. El caso, insignificante en sí, es éste: En uno de estos mis Comentarios parece ser que escribí "preveer" y no prever, y el buen maestro me pregunta que por que así. Que él leyó en un discurso de don Antonio Maura "preveer", y así lo escribió en un ejercicio al dictado de unas oposiciones restringidas, que se lo censuraron compañeros, fundándose en la autoridad de los diccionarios ordinarios, y que sospecha, en fin, que acaso por ello se le eliminó en el ejercicio.

Despachemos primero, en obsequio al buen maestro y a sus congéneres, el caso preciso. Y es que se dijo primero, en los comienzos de nuestra lengua, "veer", bisilabo, y "preveer" y "proveer", trisílabos, y aun hoy la pronunciación vacila entre la forma arcaica y la corriente y vulgar. Y se conserva "veedor", con dos *ee*, y no "vedor". Uno de tantos casos de un proceso en marcha de simplificación. Lo mismo que "veer" fué primero "seer", y hoy nos quedan "creer" y "leer"—"se cree" "se lee"—, aunque en el uso corriente digamos: "se cree" "se lee".

Hay otro verbo análogo en que la doble *e* se conserva, sin que, en general, se haya llegado a la contracción verbal que por un ridículo escrúpulo no suele escribirse. Y, por cierto, figura en cierta muy expresiva frase de los campesinos de por estas tierras cuando se refieren a algún fanfarrón que para darse pisto ahueca, sirviéndose de botijo como de bocina.... ¿la voz? ¡No! Pero basta de esto por hoy, que ya volveremos a esos ridículos escrúpulos y a las palabras y frases proscritas de la escritura.

Y, despachado el caso concreto de la consulta, debo manifestar que me cuesta creer—o creer—que a nuestro maestro se le eliminara de unos ejercicios por esa trustería ortográfica. Aunque... he inspeccionado algunos de esos tribunales pedagógicos y he formado parte de dos de ellos, y, la verdad, el método y el criterio que se les

imponía eran detestables. Figurémonos lo de calificar por puntos. Hasta con sus decimales. Y menos mal que no se aplica el cálculo infinitesimal. Y luego, esos horribles "tests" de la abominable psicometría norteamericana. Y en el caso del lenguaje, el criterio de que la Academia—u otra autoridad cualquiera—es un cuerpo legislativo constituyente. ¡Y los textos que suelen dictarse! A nuestro buen maestro parece que se le dictó uno de don Antonio de Solís, aquel "clásico"—para textos de clase—del siglo XVII, redicho y remilgado, que hablaría en lengua escrita, y no, ¡claro es!, de Bernal Díaz del Castillo, aquel castizo soldado que hablaba con su pluma—o mejor, dictó su Crónica—castellana. Y si se le hubiese dictado el discurso de don Antonio Maura a que se refiere, ¿se le habría dictado "preveer" o "prever"? Aunque, ¡como don Antonio fué presidente de la Academia de la Lengua...! Pero ¿quién sabe si el taquígrafo oyó bien y transcribió fielmente la pronunciación del orador? Porque los taquígrafos, quieranlo o no, a sabiendas o sin saberlo, oyen ortográficamente—no digo ortológicamente—y corrigen así al orador. (Por lo cual yo, por mi parte, no respondo de tales correcciones cuando se me hacen.)

¿Cuánto va a costar el que se enseñe a nuestros maestros a que enseñen la lengua como una fuerza viva, hablada y popular! ¿que para ello la aprendan del pueblo. Y se den a darse conciencia de ella y a desentrañarla. A poner a luz y a son sus extrañas. Y a huir de pedanterías ociosas.

Y digo ociosas porque hay pedanterías útiles y hasta necesarias. Pedante quiso decir primeramente el dominante que iba a enseñar a las casas la gramática, a leer y escribir, a los niños; lo que hoy llamaríamos pedagogo. Y el pedagogo es, en rigor, un pedante. El que esto os dice, que se ha ganado su sueldo enseñando historia de la lengua castellana, suele aplicarse a pedanterías útiles. Como cuando para restaurar el valor primitivo y expresivo de una palabra la remozca. Ahora, cuando no viene a cuento...

Y lo digo a cuenta de otro correspondiente que me escribe quejándose de que se le reprochó por escribir "trajino", en vez de "trajín", en una carta comercial. Pues lo que él me dice: "trajín" es apócope—es la palabra que usa—de "trajino", y éste, el sustantivo sacado directamente de "trajinar". Sin duda, como "desdén" y "desmán" son apócopies de "desdeño" y "desmande" sacados de "desdeñar" y de "desmandarse", y, sin embargo, nadie emplearía éstos sin pasar por pedante de ociosa pedantería. Ahora, si para hacer sentir que cometen desmanes los que se desmandan o se salen del mando escribiera "desmandes", la cosa variaría. Porque hay pedanterías no ya útiles, sino indispensables. Y otras...

Mas no digo, no sea que me rebrote el malhumor que me dictó mi recién reeditada novela "Amor y Pedagogía". O...

Miguel DE UNAMUNO
DE SALAMANCA